

II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía

Mesa Redonda

“El malestar en la ciudadanía y su problematización en la Ética contemporánea”

EL ESTAR MAL COMO UNA PATÉTICA CONSUMICIÓN DEL DESEO

Romano, Augusto

Tres palabras: Lo patético, el consumo y el deseo.

Patético alude a *pathos*, es decir a afección pero que puede cobrar aquí el valor de ominoso, de extraño y angustiante, de lo que afecta y contra lo cual no hay defensa. Al decir malestar hablamos del ámbito de la vida, del cuerpo, de los afectos, pero también de una dimensión política y por lo tanto no se puede circunscribir a un problema meramente intelectual. **Consumo** es una palabra muy usual en nuestra época en donde el mercado es lo que prevalece y nos tiene acostumbrado a un discurso donde todo es pasible de ser comprado y vendido, usado y consumido. De modo que un sujeto bien puede ser convertido en un objeto de mercancía. La mujer especialmente sufre esto. Y **deseo** es una palabra muy amplia que atraviesa muchos recorridos que habrá que transitar pero que en líneas generales más allá de indicar una cosa en particular refiere a un movimiento a una búsqueda, no importa en principio qué pero sugiere ir detrás de algo, es una apertura constante.

Esto es apenas un esbozo, pero se podría sostener que en gran parte nuestro estar mal radica en un deseo que se consume, que paradójicamente se apaga y esto no solo remite a la angustia sino que en tanto se va contra el deseo se va contra el sujeto. La tradición filosófica siempre nos enseñó que éramos seres pensantes y el Siglo XX nos advirtió o recordó además que éramos seres hablantes. Y quién habla puede trastocar los sentidos. Por ejemplo tal vez no sea lo mismo para nosotros decir: malestar, que decir: estar mal. Al menos cada uno y cada cultura se las ingenia para suavizar lo que angustia. Una de las primeras formulaciones freudianas es el mecanismo de separación entre una representación y un afecto. O sea si a una representación va ligado un afecto doloroso, es posible a veces desafectarla y quedarnos solo con la representación (a dónde va el afecto es otro problema que no abordamos ahora)

Pero a veces no hay cómo suavizar la convulsión, cuando éste es sin mediación. La puja entre ideologías y pensamientos existió siempre pero cuánto más fuerte fue entre finales del Siglo XIX y principios y mediados del XX como señales de una enorme convulsión que empezó a ser la sospecha de algo más que confrontaciones: Neokantianos, Idealistas, biologicistas, Marxismos, Nietzsche, Husserl, Freud, Escuela de Frankfurt, la lingüística, las ciencias sociales, las revoluciones, las dos guerras (y otras), los totalitarismos, el holocausto y luego todo tipo de predica respecto al fin, sea de la historia, del arte, de los manifiestos, de las ideologías, y por consiguiente el recurso a un discurso único. Épocas que hablaron por sí solas y que aún no dejan de hacerse escuchar. Pero ¿Por qué se puede pensar en algo más que confrontaciones?, porque apareció la muerte como nunca, el límite, lo imposible, el corte. Cómo si dijéramos citando al Génesis: Se comió de lo que no hay que comer. Cuando alguien juega con otro, una acción “real” puede cortar el juego. Por ejemplo pegarle en serio al compañero motivará un corte en el juego. ¿Qué pasó? Se ingresó a otro ámbito. Esa sospecha pareciera que subyace en nuestro estar mal.

Ese corte, que tiene carácter de hendidura y de herida, es lo extraño, lo que no puede ser entendido o no cabe en una definición. Y siguiendo con el Génesis, otro modo de hablar del pecado es con Caín y Abel. ¿En que cabeza o corazón cabe matar al hermano? Si tratamos de explicar eso estamos listos. Cuando Dios pregunta dónde

está Abel, Caín se oculta, calla. En efecto no tiene una explicación. Es otra forma de lo imposible. Hoy el peligro es el acostumbramiento a la muerte, por cierto no en su dimensión natural o sagrada, sino en su lado absurdo e incomprensible o sea en el acto de matar. No es lo mismo morir que matar. Y esto excede los casos policiales, abarca también la dimensión ético-política en tanto se mata a miles de Abeles excluidos.

Kierkegaard en *“La enfermedad mortal”* sitúa precisamente al pecado como lo que no se puede definir

La filosofía podría verse desde una confrontación con lo imposible, que asume distintos nombres como por ejemplo: el origen, el fin, la muerte, el otro, el cuerpo, el mal, la sustancia primera de la cual no hay ciencia, las ideas kantianas: Dios, Alma, Mundo como totalidad etc. Pero el asunto no es solo estar frente a lo imposible, sino que de alguna manera la cuestión es lo que ocurre después, lo que provoca en el sentido de la acción, es decir su aspecto ético político. ¿a qué ha conducido cada época cuando ha retornado la imposibilidad?. O lo imposible es negado y como mera impotencia lleva a la desesperación¹, que a su vez puede desembocar en muchas cosas (desazón, ira, violencia) o lo imposible puede ser asumido, tramitado y allí ver en esa imposibilidad las verdaderas posibilidades en tanto estado de apertura.

Lacan en el Seminario 11, dice que hay una sola cosa que no engaña: la angustia.² O sea la angustia como cierto origen que pone en la pista, tanto en la vía psicoanalítica como en la vía filosófica, al decir de Heidegger, en tanto es una disposición especial que abre el mundo.

¿Qué se quiere decir con la palabra deseo?. Daría la impresión, como suele ocurrir con otras palabras, de que no se puede entender aisladamente, sino en relación a otros términos.

Por ejemplo no sería lo mismo hablar del deseo como una pasión, o autoconservación, que el deseo del Bien o de la Justicia, o hablar del deseo de otro en tanto constituyendo un sujeto, o el deseo como lo imposible, lo que remite a la ausencia etc. Y ligado a esto tampoco es lo mismo hablar del deseo de un objeto concreto ausente y que se recupera que situarlo como algo más inasible, como constitutivo del hombre donde ningún objeto termina de cerrar su condición de deseante.

Lacan en su texto *“Hamlet, un caso clínico”* nombra precisamente esta tragedia como la tragedia del deseo. Hamlet no actúa, lo cual desde una interpretación puede ser visto, como la antítesis del héroe aristotélico. Pero no actúa para evitar el deseo, que es lo que lo paraliza.

Si se considera lo dicho hasta acá, respecto a lo que no puede terminar de ser dicho, o tramitado o lo que angustia es porque necesariamente entramado en la historia del sujeto adviene la hora de la muerte, el punto donde el sujeto se transforma en objeto, en algo inanimado. Digo que esa hora es la que en la obra *Hamlet* está siendo postergada. Hamlet da muchos rodeos hasta realizar el acto, precisamente por esta trampa en el deseo. Freud, al analizar este texto lo demarca por el deseo de la madre entendido como deseo *por* la madre, conforme a su estilo, esta trama simbólica ficcional, muestra cómo el hijo Hamlet desea a su madre al estilo edípico. Pero no es la interpretación que hace Lacan, quien interpreta el deseo de la madre no como deseándola a ella, sino que lo que se juega en el fondo de Hamlet es el deseo *de* ella, ella como deseante y Hamlet entramado ahí como una trama de miradas. Una madre entregada al placer, donde “la comida de los funerales sirvió para la boda”, de tal suerte que esto está produciendo encrucijadas, dudas y postergaciones en Hamlet, dado que el deseo es siempre el deseo del otro

¹ Allí vuelve a aparecer Kierkegaard, puesto que si no se pasa a lo religioso no se sale de la desesperación

² Lacan, J. Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 48

¿Qué desea el otro de mí? Veamos algunas citas de este texto: “La estructura misma de los fundamentos del deseo da siempre una nota de imposibilidad al objeto de deseo humano”³. “El sujeto trata siempre de saber su hora, es incluso en su objeto que aprende a leer la hora. Ahí reencontramos a nuestro Hamlet”⁴.

Una cita más que apunta esto: “...una de las funciones del deseo... consiste en mantener a distancia a esta hora del encuentro, y en esperarla”⁵

Es como verse colocado en un punto muerto, de inmovilidad, donde todo lo vivaz se ve interrumpido por ese acto, por esa producción. Por ejemplo hasta el amor de Ofelia se ve interrumpido. Hamlet le dice a su hermano Laertes: “Yo amaba a Ofelia, y cuarenta mil hermanos con todo su amor, no llegarían a la cantidad del mío”.

Agrega Lacan: “El encuentro con el otro no está ahí, en definitiva más que para permitir que Hamlet se identifique al fin con el significante fatal”⁶. Léase significante fatal aquí por muerte.

La diferencia con Edipo, dice Lacan, es que Edipo no sabe lo que va a ocurrir y Hamlet sí sabe desde el principio el horror que ha ocurrido con su padre.

De modo que en el primer caso, en Edipo, el acento está en la acción que se ejerce sobre él, según algunos hilos determinados y fuerzas que conjuran y de las cuales no se sabe, mientras que Hamlet sabe desde el comienzo y el acento precisamente está en la postergación del acto una vez sabido lo ocurrido y en el rodeo por el fantaseo y el pensamiento.

Todo esto va confluyendo finalmente en un desencadenamiento que en la obra está marcada por la acción de los actores o cómicos que representan la escena de la muerte, es el cuadro en el cuadro, Lacan lo nombra no como representación, sino como representante de la representación que viene a conmover la posición del que mira. (porque la muerte no tiene representación, sólo es un representante de lo que no tiene representación). Y en ese redoblamiento de sentidos, de escenas y miradas, tanto de Hamlet, de los actores, de Claudio, de su madre, es como si metonímicamente el deseo fuera pasando de una mirada a otra hasta terminar en la muerte real cuestión que finalmente ocurre. Pero son los actores los que mueven o provocan la acción, a partir de la escena dentro de la escena.

Para concluir, un elemento recurrente del malestar y hasta sospechoso por la ambigüedad que reviste lo constituye la televisión. Como si se tratara de un objeto que condensa lo dicho acerca del consumo de sujetos. En efecto es muy común escuchar la pregunta sobre porqué la gente mira en la Televisión cosas terribles y hasta se llegue a decir que eso es lo que vende (léase consume) Claudio y la reina también vieron algo, se vieron ellos en la escena. Cuánto hay de verse en la escena de otro. Pero claro está que allí se vuelve a jugar lo paradójico de lo angustiante que es mediatizado por una pantalla. El horror es mediatizado, es a otro al que le pasa lo terrible no a uno, pero ni bien se opera el quiebre y esa imagen deja de ser un mero otro esto angustia. Y además queda como interrogante todo lo que eso trae consigo y que permite otros planteos, que era un poco lo apuntado al comienzo: lo patético de un sujeto que vía la supresión de su deseo se va convirtiendo en un objeto, de consumo por cierto, como una mancha más en el cuadro o en la pantalla. Un objeto o cosa en los discursos de otro.

Bibliografía

Aristóteles, *Ética Nicomaquea* Traduc, Gomez Robledo, Antonio, UNAM, 1954

³ Lacan, J. *Hamlet, un caso clínico*. Centro de estudios psicoanalíticos de Rosario. 1994. Pág. 98.

⁴ Lacan, J. *Hamlet...* O.p. Cit. Pág. 78.

⁵ Lacan J. *Hamlet...* Op.Cit. pág. 58

⁶ Lacan J. *Hamlet...* Op.Cit. pág. 94

Hegel., *Fenomenología del Espíritu*, México Fondo de Cultura Económica, ,1966.

Kant E., *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres* Traduc. M. G. Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1946

Kant E., *Crítica de la Razón Práctica* Traduc. M. G. Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1984

Kierkegaard, S. *La enfermedad Mortal*, en Obras y papeles de Sören Kierkegaard trad. Demetrio Gutierrez Rivero. Madrid. Guadarrama. 1961-1975

Lacan J. *Hamlet, un caso clínico*, C.E.P. de Rosario 1994

Lacan, J. Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1999,

Lacan, J. EL seminario 14, *La lógica del fantasma*, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Bs.As.

Lacan, J. El Seminario 17 *El Reverso del Psicoanálisis* Buenos Aires, Paidós 2002

Platón, *República*, trad. Pabon J.M. y Fernandez Galiano, Buenos Aires, Alianza.

Shakespeare, "Hamlet", en *Obras Maestras*, Barcelona, Iberia, 1970